



Tesis Psicológica

ISSN: 1909-8391

tesispsicologica@libertadores.edu.co

Fundación Universitaria Los Libertadores
Colombia

Barrero Cuellar, Edgar

Psicología Social del autoritarismo. Apuntes para una pscohistoria del conflicto armado colombiano

Tesis Psicológica, núm. 3, noviembre, 2008, pp. 86-97

Fundación Universitaria Los Libertadores

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=139012667009>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Social psychology of the Authoritarianism

Notes for a psico-history of the
Colombian armed conflict

*"One hundred years of solitude, I cannot read it without certain deaf panic
person. Headress very deep veins of our collective American unconscious."*

Alvaro Mutis.

Psicología Social del autoritarismo.

Apuntes para una psicohistoria del conflicto armado colombiano*

*El presente ensayo hace parte de un libro próximo a publicar en donde el autor continúa con sus análisis sobre guerra psicológica y subjetividad.

Edgar Barrero Cuellar

Recibido: octubre 21 de 2008
Revisado: octubre 28 de 2008
Aprobado: noviembre 24 de 2008

Correspondencia: Edgar Barrero Cuellar. Psicólogo social, Magister en Filosofía.
Director de la Corporación Cátedra Libre Martín-Baró, ONG. Bogotá, Colombia.
Correo electrónico: edgar_barrero@yahoo.es

“Cien años de soledad, no puedo leerla sin cierto sordo pánico. Toca vetas muy profundas de nuestro inconsciente colectivo americano.”
Álvaro Mutis.

RESUMEN

Hay realidades que producen pánico, terror y miedo generalizado. Por lo general estas realidades son el resultado de la solución ilegítima de conflictos sociopolíticos. Cuando un conflicto se resuelve ilegítimamente se impacta la subjetividad en términos de la construcción de significado de la experiencia humana y en la dimensión utópica a nivel individual y colectivo. En el presente trabajo se explora la relación compleja entre algunos elementos propios de un sistema totalitario y su impacto en la estructura ideoafectiva del sujeto, con el propósito de ubicar pistas de intervención y acompañamiento psicosocial, desde la perspectiva de una psicología social crítica y emancipadora.

Palabras clave: Conflicto, autoritarismo, violencia política, guerra psicológica, subjetividad, psicología social, liberación.

ABSTRACT

There are realities that produce panic, terror and generalized fear. Generally these realities are the result of the solution illegal of sociopolitical conflicts. When a conflict is solved illegally hits the subjectivity in terms of the construction of meaning of the human experience and in the utopic dimension at individual and collective level. In the present work the complex relation between some own elements of a totalitarian system is explored and its impact in the thinking affective structure of the subject, in order to locate tracks of intervention and psychosocial support, from the perspective of a social psychology criticizes and emancipatory.

Key words: Conflict, authoritarianism, political violence, psychological war, subjectivity, social psychology, liberation

Psicología social del autoritarismo

Llevamos mucho tiempo en guerra. Nuestros conflictos sociopolíticos son cada vez mayores y sus consecuencias psicosociales son cada vez más graves. Cada día aparecen nuevas lecturas que buscan explicar este fenómeno tan devastador para la subjetividad del colombiano. Muchas generaciones hemos nacido y nos hemos construido desde los referentes ofrecidos por un país con una terrible crisis de legitimidad y credibilidad. Nuestra subjetividad se ha constituido en medio de una profunda crisis humanitaria, la mayoría de las veces desapercibida como consecuencia de la guerra psicológica que logra naturalizar el uso de la violencia política para justificar la desaparición de la diferencia.

Todos sabemos de los horrores de la guerra en general. Sobre todo por los relatos y las imágenes que nos llegan desde otras latitudes como la Alemania Nazi, el genocidio de Vietnam, o las masacres contra el pueblo Palestino o el pueblo Iraquí. Relatos e imágenes altamente manipulados desde sofisticados dispositivos de poder que constituyen una utilización de la imagen de la barbarie a favor de quien la perpetra. Es el manejo ideológico de los símbolos de la muerte y la destrucción por quien decreta precisamente la muerte y la destrucción.

En la manipulación de la imagen dejada por la violencia se deja ver la relación perversa del agenciador de la violencia. Justamente porque se poseen los medios para banalizar los efectos de la violencia hasta configurar masas atontadas de las cuales hacen parte muchos científicos sociales. La falsificación de la realidad es constante de un clima de violencia política generalizada.

De este modo, todo el mundo queda amnistiado gracias a la sucesión ultrarrápida de acontecimientos falsos y de discursos falsos. Un lavado de la estupidez, que restaura una especie de inocencia total, la de

los cerebros lavados, limpiados, atontados no por la violencia sino por la siniestra insignificancia de la imágenes (Baudrillard, 1991. p. 52).

Poco sabemos de nuestras guerras nacionales. Quizás después de tantos años de colonización de nuestra inteligencia fuimos cayendo en estados de ingenuidad y magicalización de la conciencia. En una conciencia magicalizada el sujeto es capaz de ver lo que está sucediendo pero se niega a aceptarlo. En una conciencia magicalizada el sujeto cae en una especie de embobamiento colectivo del cual no es fácil salir por lo sofisticado de los dispositivos de control. En una conciencia magicalizada la construcción de sentido se manipula hasta configurar estados de fanatización irracional en los que se asume pasivamente la realidad como algo dado e incuestionable. Todo esto es propio de un Estado totalitario, como lo deja ver Hanna Arendt (2004), en sus estudios sobre los orígenes del totalitarismo:

El fanatismo de los movimientos totalitarios, contrario a todas las formas de idealismo, se rompe en el momento en el que el movimiento deja a sus fanáticos seguidores en la estacada, matando en ellos cualquier convicción que quedara de que pudieran haber sobrevenido al colapso del mismo movimiento. Pero dentro del marco organizador del movimiento, mientras que los mantenga unidos, los miembros fanatizados no pueden ser influidos por ninguna experiencia ni por ningún argumento. La identificación con el movimiento y el conformismo total parecen haber destruido la misma capacidad para la experiencia, aunque ésta resulte tan extremada como la tortura o el temor a la muerte (p. 388).

Y uno se pregunta ¿Dónde ha estado nuestra psicología? ¿Qué ha hecho la psicología en Colombia para comprender este fenómeno y proponer otras estrategias de salida distintas al uso sistemático de la violencia? ¿Dónde se hallaba la psicología en Colombia en esa época de utopías, cuando científicos

sociales críticos como Orlando Fals Borda se dieron a la tarea de pensar las ciencias sociales desde una perspectiva de compromiso ético-político de cambio y transformación social?

Para el año de 1967, cuando el país ya se encontraba en una profunda crisis sociopolítica y de consolidación de movimientos subversivos, Fals Borda (2008) planteaba la necesidad de construir unas ciencias sociales comprometidas en el “entendimiento de los acontecimientos” y en “buscar salidas, señalar alternativas y hasta a hacer admoniciones y llamadas a la acción” (p. 16). Así encontramos que desde la década del sesenta, disciplinas como la sociología, el derecho, la teología, la historia, la antropología, entre otras, han hecho sus apuestas para entender el fenómeno de la violencia política y poder ayudar en la construcción de mejores condiciones de vida para nuestras comunidades.

Lamentablemente este no ha sido el caso de la Psicología en nuestro país. Tremenda paradoja si se tiene en cuenta un dato histórico interesante. La psicología en Colombia tiene su carta de nacimiento el mismo año que se inicia el período histórico conocido como la Violencia. Es justamente para el año 1947 que se crea el primer instituto de psicología aplicada dirigido por Mercedes Rodrigo¹ y para ese mismo año se crea la POPOL² como una estrategia del Estado para diezmar los movimientos sociales que venían impulsando diversas reformas políticas, económicas e ideológicas en Colombia.

Dos nacimientos a la vez pero con crecimientos por separado. Una violencia política generalizada y una psicología alejada de las consecuencias psicosociales que esa violencia política generaba.

1 En la Revista Colombiana de Psicología, edición especial con ocasión de los 50 años de la psicología en Colombia, se pueden encontrar varios artículos referidos al tema de la historia de la Psicología en nuestro país.

2 En la segunda edición de mi libro *De Macondo a Mancuso: conflicto, violencia política y guerra psicológica en Colombia*, se puede hallar un análisis detallado de este tema.

Dolores de guerra por todo el territorio nacional y una psicología enfrascada en discusiones de salón sobre teorías alejadas de nuestra realidad. Una concepción política de ultraderecha germinando en nuestros campos y una psicología buscando formas de adecuación de los trabajadores a los nuevos procesos de industrialización.

Cualquiera creería que en un país en guerra con los múltiples dolores y sufrimientos que de ella se derivan, tendría una psicología comprometida política y éticamente con las miles de víctimas que esa guerra produce. Por lo menos se esperaría que desde las universidades se impulsaran procesos de investigación e intervención psicosocial para la construcción de estrategias y políticas públicas de atención y reparación. Pero la realidad es bien distinta. Nuestra geografía actual de la violencia política que empezó en 1947 es aterradora.

Cerca de cuatro millones de desplazados forzosamente, 25 mil desaparecidos, más de mil masacres perpetradas por grupos paramilitares, mil secuestrados (entre guerrilla, paramilitares y agentes del Estado), 3.300 sindicalistas asesinados, los movimientos estudiantiles e indígenas amenazados y estigmatizados³. Los rostros de ese dolor parecen no ser vistos por nuestra psicología. La crisis humanitaria en la que actualmente vivimos y que tiene un impacto impresionante en nuestra subjetividad parece no importarle a la psicología.

Con excepción de esfuerzos personales realizados por unos pocos docentes y organizaciones no gubernamentales, la psicología en Colombia se mantiene alejada de un conflicto armado que amenaza con desestabilizar al conjunto de los movimientos sociales. En época de totalitarismo las amenazas ya no son sólo contra movimientos políticos. La guerra es total contra aquello que se atreva a contradecir el designio del todo poderoso señor gobernante. Para

3 Estos datos pueden ser consultados en los siguientes sitios: <http://www.coljuristas.org>, <http://www.movimientodevictimas.org>, <http://www.colectivodeabogados.org>, <http://www.corteidh.or.cr>.

ello requiere de los servicios de la psicología. No en vano buena parte de los recursos de esa guerra justa contra el enemigo se hace desde los aportes de investigaciones sobre guerra psicológica. ¿Será, entonces, que la psicología sí ha estado presente en el desarrollo del conflicto sociopolítico, pero no ha sido consciente del papel que ha jugado? Lo peor es que aún no nos hemos dado cuenta del trasfondo ideológico de esta compleja situación: un proyecto político-militar de ultraderecha con el que se pretende moldear la subjetividad de los colombianos para ponerla al servicio de intereses ideológicos que legitimen la emergencia de un Estado totalitario.

Una pequeña revisión psicohistórica del país nos permite ver una serie de conflictos sociales resueltos ilegítimamente, lo cual ha traído como consecuencia la conversión de esos conflictos moderados en complejos conflictos políticos en donde la característica fundamental ha sido la naturalización del uso de la violencia política y de la guerra psicológica para eliminar la diferencia.

La radicalización de la intransigencia y la polarización ideológica y militar como expresiones comunes de violencia política han instalado una incapacidad ideoafectiva para reconocer, aceptar y respetar la diferencia. La subjetividad se ve colonizada por referentes simbólicos de muerte y destrucción. Los niveles de tensión psicosocial aumentan y los mismos se resuelven de forma ilegítima por quien hace las veces de gobernante, dejando un sentimiento de impotencia desestructurante. Todos estos son síntomas de un Estado totalitario sobre el que la psicología se tiene que pronunciar. Como lo expresaba Adorno hace varias décadas, “subsisten los presupuestos sociales objetivos que propiciaron el fascismo” (2003). Y ello tiene un impacto impresionante sobre la subjetividad de grandes grupos humanos pues, “si quieren sobrevivir, no les queda más remedio que adaptarse a lo dado y someterse; deben eliminar precisamente aquella subjetividad autónoma a la que apela la idea de democracia y sólo pueden sobrevivir si renuncian a su propio yo” (Adorno,

2003, contraportada).

Un conflicto se resuelve ilegítimamente cuando una de las partes utiliza de manera sistemática la fuerza y la violencia política para imponerse sobre el otro, negándole su condición de enemigo justo. Esta situación se torna mucho más compleja cuando los mismos gobiernos utilizan la violencia política y el terror como forma de sometimiento y control de la sociedad civil.

Desde una perspectiva psicosocial, resolver un conflicto por vía de la ilegitimidad implica la instauración de la represión y la destrucción de la utopía a nivel personal y colectivo. Al decir de Jung (1962) “reprimir significa liberarse ilegítimamente de un conflicto, esto es, engañarse a sí mismo de su existencia” (p. 83). Indudablemente esto opera en el plano de lo estrictamente personal, pero es importante tener en cuenta que la estructura de significado personal guarda una estrecha relación con los sistemas cotidianos de interacción y comunicación en los cuales se desarrolla, y con los contextos de ocurrencia de la experiencia vital existencial. Ello determina en gran medida el horizonte utópico del sujeto como posibilidad creadora de cambio y transformación psicosocioantropológica por oposición a la ideología que busca mantener un estado de cosas⁴.

Este es uno de los rasgos más característicos y perjudiciales de un régimen totalitario. La subjetividad se construye desde el ocultamiento sistemático de la verdad y desde sofisticados mecanismos de poder y engaño. Es decir, el horizonte de sentido se erige desde la represión y ello conlleva a otro problema mucho más grave: la generación a gran escala de múltiples formas de complejos alta-

4 Ya para la década del sesenta, Fals Borda venía proponiendo las categorías de utopía e ideología para entender el fenómeno colombiano de la violencia política. Así se asume la utopía desde la perspectiva de Mannheim como un “complejo de ideas que tienden a determinar actividades cuyo objeto es modificar el orden social vigente (...) [opuesto a] ideología que es el complejo de ideas que buscan el mantenimiento del orden establecido o el de una particular situación social.” (Fals Borda, 2008).

mente ideologizados.

Un complejo de esta forma no sería sino la instalación en la subjetividad de formas de significación previamente designadas desde relaciones de poder para el mantenimiento del orden establecido.

Cuando esto se hace de manera sistemática y mantiene los mismos patrones durante largos periodos de tiempo, se puede decir que estamos asistiendo a la emergencia de un régimen totalitario con una característica bien marcada: el matrimonio entre poder estatal e ilegitimidad naturalizada como forma de gobierno. Este es el caso colombiano. Desde finales de la década del cuarenta se dio inicio a una nueva forma de combinación de estrategias de poder desde los partidos tradicionales para no permitir el ascenso de otros partidos y movimientos sociales en la conducción del Estado. Esto trajo como resultado la emergencia de múltiples movimientos sociales de diversas tendencias ideológicas en torno a los cuales se construyeron verdaderos modelos utópicos de resistencia.

Desde el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en 1948 se fortalece el proceso de construcción de un proyecto político de ultraderecha intentando mantener una imagen de democracia participativa sin el uso de dictaduras militares. Este experimento ha logrado mantenerse y cualificarse significativamente hasta concretarse en la denominada política de la seguridad democrática⁵.

Existe mucha ingenuidad al respecto; no obstante los múltiples peligros que encierra para la propia subjetividad del colombiano. Por ello es importante iniciar procesos investigativos desde las ciencias sociales y, en particular, desde la disciplina psicológica sobre este fenómeno político con amplios tintes de totalitarismo, pues como lo plantea Adorno (2003) en sus estudios sobre la propaganda fascista de

postguerra en los Estados Unidos, “estos materiales son ante todo de naturaleza psicológica, aunque con frecuencia aluden a problemas económicos, políticos y sociológicos” (p. 9). Este llamado es para la psicología en general y para psicología social en particular. Es urgente construir categorías de análisis de nuestra compleja realidad psicosocial de tal forma que se pueda contribuir en la construcción de una salida política negociada al actual conflicto sociopolítico armado que desde hace tantos años padece nuestro país. Lo anterior sobre la base de que nuestro quehacer en la actualidad se desarrolla en un clima de profunda crisis institucional, resultado de la penetración paramilitar⁶ a las principales entidades encargadas de garantizar los derechos fundamentales al conjunto de la población civil colombiana. Esto ha traído como consecuencia:

1. La deslegitimación de los referentes jurídicos, políticos y morales en torno a los cuales se construye sentido y significado de la experiencia humana. Aquí se puede notar como aumentan las percepciones fatalistas de la realidad.
2. La pérdida de los referentes de credibilidad y aumento de los niveles de desproblematización.

6 El periódico El Tiempo en su edición del 9 de abril de 2008 muestra que hasta ese momento 51 congresistas estaban siendo investigados por vínculos con el paramilitarismo y 29 ya se encontraban detenidos. En la edición del primero de febrero de 2008, este mismo periódico se refiere al llamado a juicio que la fiscalía hace contra el director del DAS Jorge Noguera: “La Fiscalía dictó resolución de acusación en su contra por los delitos de concierto para delinquir agravado, utilización indebida de información reservada y abuso de autoridad por acto arbitrario. Noguera, capturado en febrero del año pasado, fue destituido en noviembre pasado por la Procuraduría, que lo inhabilitó por 18 años por colaborar con paramilitares de la Costa y enriquecerse con contratos del organismo de seguridad”. As í mismo, la revista Cambio (septiembre de 2008) muestra la forma como el hermano del ministro de justicia Fabio Valencia Cossio fue detenido por sus vínculos con el narcotráfico y el paramilitarismo: “El expediente de la Fiscalía No. 74634 reconstruye desde el 27 de junio de 2006 la historia de una organización que logró penetrar altos círculos de la justicia y las Fuerzas Armadas”.

5 En el libro De Macondo a Mancuso (2008) se puede consultar la forma como en nuestro país se fue haciendo la transición de una psicología militar a una psicología paramilitar.

3. El aumento de la impunidad y el cinismo promovidos desde las propias esferas del poder público: ejecutivo, legislativo y judicial. Este matrimonio entre impunidad y cinismo trae como consecuencia inmediata la naturalización del uso de la justicia privada y la lumpenización de grandes grupos humanos.
4. La caída de las víctimas en un limbo absoluto en el que nadie responde ni atiende los daños causados.
5. La ascensión de un sistema de gobierno de tipo totalitario.
6. Este último aspecto se puede entender mejor a partir de la descripción de las características de un gobierno autoritario y su impacto en la estructura ideoafectiva del sujeto.

De acuerdo con Hannah Arendt (2004), la diferencia fundamental de un gobierno totalitario con otros, que también son antidemocráticos o ilegales, es que el totalitario utiliza también el poder arbitrario y la legalidad para mantenerse, pero invocando para esa legalidad una voluntad superior que estaría por encima de los hombres. Sin importar que esta voluntad superior tenga que ser impuesta a través del propio terror estatal. Esta supuesta legalidad por voluntad superior, se construye y legitima a través de la instalación-colonización de mecanismos psicológicos ritualizados para la lograr la adhesión ideoafectiva del sujeto a intereses foráneos que ni siquiera alcanza a cuestionar. Adorno (2003) plantea un ejemplo de lo anterior basado en las características predominantes de actuación de los estímulos psicológicos diseñados por la propaganda fascista que, quizá, nos sirva para lograr comprender nuestra compleja realidad nacional. El autor dice que el interés fundamental de la propaganda fascista es impactar no tanto la dimensión racional del sujeto, sino más bien su dimensión emocional a través de la penetración de su inconsciente. No

sólo la técnica oratoria de los demagogos fascistas es de naturaleza astutamente ilógica y pseudoemocional; lo peor es que ni los programas políticos de acción concreta, ni sus postulados, ni ninguna idea política definida desempeñan un papel relevante en comparación a los estímulos psicológicos dirigidos al auditorio. De hecho es gracias a estos estímulos, y a otras informaciones, que podemos identificar a tales discursos como fascistas, más que a las vagas y confusas plataformas que expresan (p. 10). En esta afirmación encontramos dos elementos importantes. a) la guerra psicológica apunta principalmente al nivel emocional e inconsciente del sujeto. b) los procesos inconscientes son el resultado de montajes pulsionales agenciados desde dispositivos de poder. Aunque más adelante volveremos sobre estos dos aspectos, por ahora es importante tener en cuenta que resultan fundamentales para entender la forma en que un gobierno totalitario logra la obediencia ciega y la sumisión absoluta de grandes grupos humanos.

Lo importante en este momento es reconocer que ese proceso de colonización ideoafectiva no se realiza de forma espontánea, sino que involucra todo un andamiaje psicológico en el que se combinan diversas estrategias para tener el público a su merced. Veamos algunas de esas estrategias:

1. Es totalmente subjetivizante a nivel individual. Se busca construir una imagen emocional del líder de la nación y de su grupo de apoyo. Esto se hace a través de todo un proceso audiovisual. Lo primero consiste en presentarse ante las masas que el mismo ha creado⁷ como una persona

⁷ No hay que olvidar que la masificación es una de las condiciones de un estado fascista. Al respecto Hannah Arendt (2004) aporta un concepto de masa que ayuda a comprender como se dan esos procesos de adherencia sin pertenencia de grandes grupos humanos a partidos y movimientos fascistas: “masa se aplica sólo cuando nos referimos a personas que, bien por su propio número, bien por indiferencia, o por ambos motivos, no pueden ser integradas en ninguna organización basada en el interés común, en los partidos políticos, en la gobernación Municipal o en las organizaciones profesionales y los sindicatos” (p. 392).

común y corriente, honesta y trabajadora hasta el cansancio. Para ello se utilizan vestuarios y costumbres propios de la región en la que se vaya a presentar públicamente: sombrero, ruana, ponchos, plumas y flechas, nadar en el río, comer en la calle, saludar a todo el mundo, etc.

Además, muestran un cálido interés humano por las pequeñas preocupaciones cotidianas de sus oyentes, a quienes representan como verdaderos cristianos, pobres pero honrados, con sentido común, aunque no intelectuales. Se identifican con sus oyentes exaltando su propia capacidad de ser modestos hombres corrientes y, al mismo tiempo, líderes de excepcional calibre. A menudo se refieren a sí mismos como simples mensajeros de aquel que ha de venir, un artilugio ya conocido en los discursos de Hitler (Adorno, 2003, p. 10). Quizás uno de los rasgos más relevantes en este proceso tiene que ver con la creación de la imagen del modesto héroe enviado para salvar a su país, para lo cual se apoya en las instituciones militares y religiosas desde las cuales logra el control físico y espiritual de las personas. Es así como se induce psicosocialmente a estados de aceptación de la ilegalidad y de la ilegitimidad sobre la base de una estrategia simbólica de autolegitimación por medio del uso de la simbología religiosa que permite elevar a categoría de sagrado la muerte y/o desaparición del enemigo.

La transformación de la doctrina cristiana en eslóganes de violencia política no podría ser más brutal (...) La idea de un sacramento, del ‘derramamiento de sangre’ de Cristo, se interpreta literalmente en términos de ‘derramamiento de sangre’ en general, pensando en un cataclismo político (Adorno, 2003, p. 21).

Dentro de esta ideología, la muerte física y/o simbólica de la otredad adquiere un estatus de sagradamente necesaria o de cierta aureola sacramental.

2. Se apoya en las masas que crea y perpetua el mismo. “Los regímenes totalitarios, mientras que se hallan en el poder, y los dirigentes totalitarios, mientras que se hallan con vida, ‘gobiernan y se afirman con el apoyo de las masas’ hasta el final” (Arendt, 2004, p. 386). Esto explica porque gobiernos a todas luces ilegítimos logran mantenerse en el poder con amplio apoyo popular. Esta masificación se logra fundamentalmente a través de rituales de penetración de la dimensión emocional por medio de complejas estrategias semánticas y sintácticas. Recordemos que el nazismo, como lo plantea Klemperer (1946), se introdujo en la carne y en la sangre de las masas a través de palabras aisladas, expresiones y formas sintácticas que imponían los oradores repitiéndolas millones de veces hasta ser adoptadas de forma mecánica e inconsciente.

Esta característica de los gobiernos totalitarios tiene que ser objeto de análisis por parte de la psicología social. De alguna forma, se tendría que develar la forma cómo actúan los mecanismos ideológicos de masificación sobre la estructura ideoafectiva del sujeto, para desde allí generar procesos de liberación.

3. Un gobierno con características totalitaristas se erige sobre el principio de que el fin justifica los medios para lograr cierta glorificación de sus acciones. Bajo este principio se busca obtener la espiritualización de las masas en beneficio propio.

La glorificación de la acción, de algo que está ocurriendo, elimina y al mismo tiempo sustituye la finalidad del así llamado movimiento. El fin es “que nosotros podemos demostrar al mundo que todavía existen patriotas, hombres y mujeres cristianos, temerosos de dios, que están dispuestos a entregar sus vidas a la causa de dios, del hogar y de su patria” (Adorno, 2003, p. 11).

Un ejemplo concreto de esta situación lo podemos analizar en la famosa operación jaque a través de la cual las fuerzas armadas lograron la liberación de Ingrid Betancourt y 14 secuestrados más (incluidos tres norteamericanos que desarrollaban labores de espionaje en Colombia) con la colaboración del ejército norteamericano y de la inteligencia militar Israelí⁸. Mucho se ha hablado del caso de la liberación de Ingrid Betancourt. Creo que este caso merece especial atención, no tanto por el boom publicitario que se ha hecho, sino por las implicaciones psicosociales que de allí se derivan, y sobre las cuales la psicología social tendrá que jugar un papel mucho más comprometido ética y políticamente. Sobre todo si se tiene en cuenta las actuales condiciones de crisis humanitaria por la que estamos atravesando.

- Es un imperativo ético la liberación de cualquier tipo de secuestrado, entendiendo que no sólo la guerrilla secuestra sino que también lo hacen organismos de seguridad del Estado y grupos paramilitares. Guardar la dimensión real de los acontecimientos respecto al dolor del secuestro. ¿Qué pasa con el otro tipo de secuestro que los medios ocultan de manera sistemática? Me refiero al problema de la desaparición forzada. Mientras las cifras del secuestro hablan de 1.000 personas, la desaparición forzada llega a 25.000 personas en los últimos veinte años⁹. ¿Por qué no se moviliza la sociedad civil ante la desaparición forzada de la misma forma que lo hace frente al secuestro?
- El fin no justifica los medios cuando se pone en riesgo la vida de los rehenes. En el furor

8 Esta noticia dio la vuelta al mundo como una de las operaciones militares de mayor eficacia, pues se logró el rescate de una ex-candidata presidencial, tres técnicos ex-militares norteamericanos y once militares colombianos retenidos por las FARC en diferentes operativos.

9 ANSA. Según informes de la Fiscalía General de la Nación. Recuperado el 20 de noviembre de 2008 de: <http://www.ansa.it/ansalatina/notizie/notiziari/colombia/20080910174934726163.html>

mediático de la liberación muy pocos se han cuestionado sobre el riesgo elevado en que se puso a las personas retenidas. El hecho de que se haya realizado como se hizo la operación militar, no quiere decir que no se haya puesto en riesgo la vida de los secuestrados. ¿Qué hubiera pasado si la guerrilla se da cuenta del sofisma? Seguramente a esta hora aún estaríamos llorando y lamentando las pérdidas humanas.

- La liberación se llevó a cabo a través de un operativo militar sin precedentes en nuestra historia política reciente, pues el Gobierno colombiano (con asesores norteamericanos e israelíes) ideó y puso en acción un osado plan de utilización de emblemas y símbolos de organismos de ayuda humanitaria para engañar a la guerrilla de las FARC y lograr que ésta entregará a sus rehenes. Este hecho constituye una flagrante violación del derecho internacional humanitario. No solo porque está en juego la utilización ilegal de símbolos y emblemas de organismos internacionales de ayuda humanitaria, sino por el cinismo con que se hace público y se justifica.
- Lo que se genera a partir de este hecho es una total deslegitimación e incredulidad respecto al importante papel que juegan las organizaciones de ayuda humanitaria. Las consecuencias serán la radicalización del conflicto armado y la legitimación del uso de símbolos y emblemas de organismos de ayuda humanitaria para combatir y derrotar militar y psicológicamente al adversario.

4. Finalmente es importante entender que el fenómeno del totalitarismo va dejando su huella en cuatro procesos psicosociales básicos:

- En la forma como el sujeto construye sentido y significado de su propia experiencia vital existencial.
- En los sistemas cotidianos de interacción y comunicación en torno a los cuales el sujeto

construye esos sentidos y significados.

- En los universos simbólicos de configuración cultural expresados en las formas de costumbres, creencias y valores que determinan los criterios éticos de acción humana.
- En las relaciones cotidianas de ejercicio de lo político en torno a las cuales se construye o no conciencias participativas.

Por ahora se puede plantear que frente a un panorama tan complejo, tendremos que asumir la responsabilidad histórica de entender este fenómeno desde la perspectiva de una psicología social crítica y liberadora a la vez. Aquí lo que se pone en juego es la comprensión de un fenómeno político que cuestiona seriamente la condición humana. Quizás las palabras de Edgar Morin (1983), quien también fue víctima del totalitarismo, nos ayuden en este reto histórico para la psicología social colombiana. Me disculpo de antemano por lo extensa de la cita, pero la considero un pilar necesario en estas reflexiones.

Hannah Arendt nos dice también que el esfuerzo de comprensión del totalitarismo es inseparable del esfuerzo de autocomprensión de nosotros mismos: “en la medida en que los totalitarismos han aparecido en un mundo no totalitario, el proceso de su comprensión implica claramente, pues, y quizá incluso esencialmente, que nos comprendamos a nosotros mismos”. Entendámonos: todos los procesos mentales, todas las potencialidades sociológicas ya están en germen en nosotros; pero la formación de cualquier sistema produce emergencias, es decir rasgos nuevos, desconocidos a nivel de los elementos constitutivos del sistema concebidos anteriormente o aisladamente, y estas emergencias retroactúan sobre todo lo que las ha producido y constituido (p. 21).

No basta con preocuparse de una problemática. Es necesario materializar esa preocupación en una

praxis concreta de cambio y transformación si esa problemática está causando daño, dolor o sufrimiento a una población. Ello marca la diferencia entre una psicología social que se denomina crítica desde una perspectiva discursiva o sociolingüística; y otra psicología social liberadora que emerge desde la dinamización de procesos de cambio y transformación psicosociológica a partir de las necesidades populares que se hacen evidentes en contextos histórico-sociales concretos.

Esta fue una de las preocupaciones epistemológicas centrales de Ignacio Martín-Baró. ¿A quién o a quienes sirve el saber psicológico? ¿A qué intereses responde el conocimiento científico producido por la psicología? ¿Por qué razón la psicología se concentra en los sectores sociales pudientes y no en las grandes mayorías populares? ¿A qué se debe la falta de compromiso político del psicólogo y su afán de neutralidad frente a las realidades que investiga y/o interviene?

De allí su preocupación de construir una psicología de la liberación al no encontrar en la psicología lo que sí se venía haciendo en la pedagogía de Freire, en el psicoanálisis de Pichon Riviere, en la filosofía de Dussell o en la teología de la liberación. No se estaría por demás exagerando plantear que estos son algunos de los abrevaderos teóricos de Martín-Baró (1990) para su propuesta de una psicología de la liberación capaz de hacer investigación psicológica que produzca conocimientos contextualizados histórica y socialmente para ponerlos al servicio de procesos de cambio y transformación social; por oposición al papel hegemónico de sometimiento y control que tradicionalmente ha jugado la disciplina psicológica.

El imperativo ético que aquí se está planteando tiene que partir del reconocimiento de que en un país en guerra como el nuestro se generan crisis humanitarias que demandan de la psicología acciones concretas de atención, intervención y acompañamiento psicosocial. Tarea que se vuelve

mucho más urgente si aceptamos que la guerra afecta cada vez más a la sociedad civil y a las diversas formas de organización social que en ella se construyen.

El reto consiste, entonces, en ser capaces de construir desde la praxis toda una psicología de la liberación que se resista a seguir contribuyendo con los procesos de muerte, exclusión y marginalización psicosocioantropológica. Nuestro compromiso tiene que ser con la vida y jamás con la muerte. Nuestro horizonte de sentido profesional se tiene que dirigir hacia el agenciamiento de mejores condiciones de vida para esos sectores de la población sometidos a diversas formas de deshumanización.

Dejemos que sea el propio Martín-Baró (1990) quien cierre este pequeño ensayo a partir de su propia experiencia en la guerra del Salvador, en donde

murió asesinado por el propio ejército Salvadoreño, rodeado de un ambiente totalitario muy parecido al nuestro.

Porque de eso se trata en definitiva: de contribuir con nuestro saber profesional a la construcción de un nuevo futuro. La situación de guerra en que vivimos hace casi cuatro años ha hecho aflorar lo mejor y lo peor de los salvadoreños. La guerra sigue carcomiendo nuestras raíces, materiales y sociales, y amenaza nuestra propia subsistencia como pueblo. Decir al final como Freud (1930/1970, p. 88) que ojalá “el eterno Eros despliegue sus fuerzas para vencer en la lucha” a su no menos inmortal adversario, Thanatos, sería participar paladinamente de su pesimismo y resignarnos a la muerte

(Martín-Baró, 1990, p. 38).

Referencias

- Adorno, T. W. (2003). Ensayos sobre propaganda fascista. Barcelona: Ediciones Voces y cultura.
- Arendt, H. (2004). Los orígenes del totalitarismo. Madrid: Editorial Taurus.
- Barrero, E. (2008). De Macondo a Mancuso. Bogotá: Ediciones Cátedra Libre Fundación América Nuestra.
- Baudrillard, J. (1991). La guerra del golfo no ha tenido lugar. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Fals Borda, O. (2008). La subversión en Colombia, Bogotá: Fica Editores.
- Jung, C. G. (1962). Símbolos de transformación. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Klemperer, V. (1946/2001). LTI La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo. Barcelona: Ediciones minúscula.
- Martín-Baró, I. (1990). Psicología social de la guerra. Trauma y terapia. San Salvador: UCA Editores.
- Morín, E. (1983). Qué es totalitarismo de la naturaleza de la URSS. Madrid: Anthropos, Editorial del Hombre.
- Redacción Política, (9 de abril de 2.008). El escándalo de la 'Parapolítica' completa 51 congresistas involucrados con Builes, van 29 congresistas presos. *El Tiempo*, <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-2891712> (con clave).